

¿Quién teme al islam?

Mientras proliferan los llamados expertos en temas islámicos, una serie de equívocos y mitos interesados en relación con esta creencia y sus creyentes se adueña del sentido común. Por ejemplo, interpretar la política en las sociedades islámicas según supuestos mandatos derivados de la religión. Un análisis detenido permite ver cómo en muchas ocasiones se culpa a las verdaderas víctimas.

Farid Kahhat

De un tiempo a esta parte la legión de «expertos» en «fundamentalismo islámico» parece haberse multiplicado hasta alcanzar las proporciones de una plaga bíblica. Individuos que por lo regular no podrían distinguir entre un árabe, un musulmán y un chimpancé, y cuya perspectiva sobre el Corán deriva del ángulo desde el cual observan la cubierta en el estante de una librería, pontifican con iniciativa digna de mejor causa sobre la gravedad de la amenaza que representa ese flagelo de la humanidad.

A través del prisma de tan supina sabiduría el «fundamentalismo islámico» se convierte en un conjuro que invoca por igual nuestros más recónditos temores y nuestros más burdos estereotipos. Su sola mención suele evocar la imagen de un individuo barbado, con la cabeza enfundada en un turbante, la mirada nublada por un velo de sangre, y la cimitarra siempre en ristre. Sus atavismos seculares serían consecuencia de la naturaleza de sus creencias religiosas, pobladas de invocaciones al martirio en nombre de una verdad irredenta en un mundo plagado de infieles.

Parte del problema con esa representación es que nos induce a pensar que todo aquello que ocurre en la política de los países de mayoría musulmana se debe a

Farid Kahhat: politólogo peruano; profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales del Centro de Investigación y Docencia Económica - CIDE, México.

Palabras clave: islamismo, política internacional.

la religión. Si, por ejemplo, aplicásemos el mismo criterio para juzgar al cristianismo, tendríamos que juzgar la experiencia del *apartheid* en Sudáfrica en función de la explicación que brindaban los blancos sudafricanos: era un régimen amparado en su condición de «pueblo elegido», concepto que tomaban del Antiguo Testamento. O podríamos recordar que Timothy McVeigh simpatizaba con grupos supremacistas, para los cuales el racismo es una consecuencia natural del hecho de que Dios es blanco. Y ello para no recordar a David Koresh, quien, antes que un buen cristiano, creía ser Cristo reencarnado. El punto aquí es que, así como nadie en su sano juicio culpa al cristianismo por esas aberraciones, tampoco debería juzgarse al islam por las aberraciones que en ocasiones se cometen en su nombre.

Cabría recordar además que el islam fue desde su origen una religión sincrética, que incorporó elementos medulares de la tradición judeo-cristiana como parte de su propio acervo cultural. No es cierto, por ende, que el islam sea intrínsecamente hostil a otras religiones monoteístas. Por ejemplo, el imperio musulmán ejerció la tolerancia hacia otras religiones en aquellos tiempos en que la Inquisición se esmeraba por reducir a cenizas tanto a herejes como a infieles. Por lo demás, fueron las universidades islámicas de la España medieval las que preservaron el legado intelectual de la antigüedad clásica durante la era del oscurantismo. Los pensadores de la Europa renacentista no tuvieron que «redescubrir» la filosofía griega: Averroes y Avicena realizaron esa labor por ellos.

Tampoco es verdad que los musulmanes compartan una común hostilidad hacia todo vestigio de cultura occidental, y que estén unidos en una ofensiva política contra toda tradición cultural distinta a la suya. De hecho, en la mayoría de casos en que el integrismo islámico se ha convertido en una fuente de violencia política, esta ha sido esencialmente de carácter fratricida, es decir, entre musulmanes (p. ej. en Pakistán, Argelia, Irán o el propio Afganistán). Ello tiene



dos explicaciones: de un lado, porque el hecho de compartir una religión no garantiza que conflictos sociales de otra índole (económica, política, étnica), se resuelvan satisfactoriamente. De otro lado, porque suelen existir entre los bandos en pugna interpretaciones encontradas de lo que significa ser musulmán. Aquí cabría recordar que, a diferencia del catolicismo, la religión musulmana no cuenta con una jerarquía eclesiástica reconocida por todos los fieles, dotada a su vez de una autoridad incuestionada para dirimir disputas en materia doctrinaria.

Quienes pretenden azuzar el viejo espectro medieval de las hordas islámicas a las orillas de las costas europeas, deberían recordar además que en aquellos casos en que pueblos o Estados tradicionalmente identificados con el islam se encuentran en conflicto con pueblos o Estados de diferente raigambre cultural,

***los movimientos
 integristas
 islámicos
 son esencialmente
 pacíficos en su
 origen***

son usualmente los primeros los que se encuentran en la condición de víctimas o, cuando menos, en una clara posición defensiva. Ese es, por ejemplo, el caso de los palestinos bajo ocupación israelí, el de los rebeldes chechenos enfrentados al ejército ruso, o el de los kosovares de origen albanés bajo el régimen de Milosevic. Ello sin mencionar el caso de Bosnia, en donde muchos se enteraron de que su condición de musulmanes debía regir

sus destinos y lealtades políticas solo cuando empezaron a ser masacrados por causa de ella. En otras palabras, no fue la presencia de identidades primordiales e irreductibles lo que desencadenó el conflicto, fue más bien la violencia etnocida la que forjó una identidad defensiva entre sus principales víctimas, los musulmanes.

El ejemplo de Bosnia, a su vez, nos revela una dimensión medular del problema: la evolución reciente de la cultura islámica obedece esencialmente a razones políticas, y no al hecho de que perdure en ella desde tiempos inmemoriales una esencia inmutable que la hace ser lo que es. El radicalismo islámico, aunque minoritario, cobra relevancia política solo después del fracaso de las alternativas de modernización secular (el nacionalismo en el mundo árabe, el comunismo en las repúblicas soviéticas del Asia central, etc.). De hecho, los movimientos integristas islámicos son esencialmente pacíficos en su origen, y suelen permanecer así mientras se les permita participar legalmente en el proceso político (p. ej., en Jordania y Turquía). Solo se tornan violentos en respuesta a la represión del Estado (como en Argelia o Uzbekistán), o a la intervención de una fuerza militar extranjera (como en el Líbano o Afganistán).

Ahora bien, la represión estatal y la intervención extranjera suelen ir de la mano en esta región del mundo. Desde la perspectiva del radicalismo islámico, regímenes autocráticos, ineptos y corruptos hasta la médula como el de Arabia Saudita o el de Irán en tiempos del Sha no se sostendrían en el poder de no mediar el respaldo de Estados Unidos. Y en eso probablemente no se equivocan. De otro lado, el radicalismo islámico siempre encontró deleznable la secularización de la política y la emancipación de la mujer que prevalecen en el mundo occidental, pero no siempre tuvo el arraigo social con que cuenta hoy en día. Y es que ese cambio obedece a razones políticas antes que religiosas. Por ejemplo, el doble rasero en la política de EEUU hacia el Medio Oriente no es una invención de la mente febril de Bin Laden. Así, podríamos pensar en el caso de Irak, que se encuentra bajo un régimen de sanciones que ha condenado a la desnutrición crónica a uno de cada tres niños (en un país en el que la desnutrición infantil ya había sido erradicada durante los años 80). Ese régimen de sanciones se explica por la presunta negativa del gobierno de Irak a cumplir en forma total e incondicional las resoluciones de Naciones Unidas. Existen sin embargo resoluciones de la ONU que Israel se niega a cumplir desde 1948, pero a diferencia de Irak, Israel no solo no ha sido víctima de sanción alguna, sino que además recibe un apoyo virtualmente incondicional de EEUU.

Los palestinos, por ejemplo, no pueden dejar de recordar que la confiscación y colonización de sus tierras por Israel se financia en parte con el generoso aporte de los contribuyentes norteamericanos. O que cuando protestan contra esas acciones son reprimidos con armas que EEUU obsequia a Israel para que se proteja de sus enemigos externos, pero que a falta de agresores potenciales este último emplea contra los palestinos que viven bajo su ocupación.

